



7^o Concurso Literario de Relatos Breves

Edición
AÑO 2022



Municipalidad de Cipolletti

7° Concurso Literario de Relatos Breves: Descubrí Cipolletti / compilado por Mirna Keller. - 1a ed. General Roca. Yzur, 2022.

63 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-48689-7-8

1. Literatura Argentina. 2. Literatura Contemporánea. 3. Antología de Textos. I. Keller, Mirna, comp. II. Título.
CDD A86o

Edición y Diagramación: José Humberto Alvarez
yzurlibros@gmail.com / maticesvisuales@gmail.com



GOBIERNO DE
CIPOLLETTI



Corrección a cargo de los respectivos autores

© Mirna Keller - Compiladora | Dirección de Turismo de Cipolletti. 2022.

© Yzur - Primera Edición: Octubre de 2022.
General Roca / Río Negro - ARGENTINA
yzurlibros@gmail.com
www.yzurlibros.com

ISBN 978-987-48689-7-8

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en ninguna forma ni por ningún medio o procedimiento sin el permiso previo, y por escrito, del editor y sus autores. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Octubre de 2022
General Roca | Río Negro - Argentina

7^o Concurso
Edición
AÑO 2022 **Literario de
Relatos Breves**



Municipalidad
de Cipolletti



PRÓLOGO

Escribir una ciudad es imaginarla.

Escribir una ciudad es intentar capturar en unos párrafos algo de eso que nos atraviesa y nos pone en situación de decir.

Escribir una ciudad es asumir el desafío imposible de querer atrapar al tiempo.

Es recorrerla y pensarla desde el ejercicio inmenso de la escritura.

Estos relatos reflejan tantas versiones de la ciudad como escritos y todos juntos conforman una manta tejida al calor de esa Cipolletti que construimos entre todos.

La presencia de las chacras, los barrios históricos, las aventuras cerca del río, las calles del centro, los monumentos, los hitos y los mitos.

Todas esas postales desfilan por estas páginas., sin descuidar también aquellos personajes entrañables que creíamos olvidados.

Cipolletti es una ciudad y al mismo tiempo varias ciudades, en la mirada de cada uno.

Cada texto, cada historia se alimenta de imaginarios, que anclan en algún rincón de este lugar sus memorias, su presente y también sus sueños.

Esta antología que hoy les presentamos busca seguir haciendo de Cipolletti una ciudad que late en cada esquina, que se impone desde los barrios y que se aferra a una identidad que ya a esta altura es un lugar muy nuestro.

Los textos -como decía Cortázar- tienen que defenderse solos como un gato panza arriba, así que llegó el momento.

Que cuenten entonces la ciudad estos relatos que hoy celebramos.

Mario Figueroa

LA HISTORIA DE NUESTRO AMOR

Juan Martín Honorio

La esquinita de mi barrio tiene ese qué sé yo, ¿viste? Nos mudamos cuando el barrio era parte de una especie de desierto campero Cipoleño, ubicado al final de todo lo que conocíamos. Una casita frágil nos esperaba y, con los ojos gigantes, mirábamos las entradas de luz por todas las esquinas y el polvo por debajo de una puerta de cartón prensado que hacía sonar al viento como una melodía de pueblo lejano. Los primeros tiempos vividos ahí dentro fueron fuertes y duros, aunque cada vez que escuchábamos a mamá decir “la casita propia”, volvíamos a mirar la vida con mucha esperanza. Así comenzó nuestra historia de vida, la mejor, la elegida, la preferida, la que nos ha brindado momentos perfectos para recordar en el hoy y otros no tan perfectos (tampoco imperfectos) que también hacen abrir nuestros corazones para contar cómo somos, quiénes somos los cuatro en una esquina de un barrio viejo Cipoleño, ya con varias décadas encima. Nuestra casa se fue haciendo hermosa con tanto amor. Del nuestro, del de nuestros abuelos que la visitaban, del bueno: de la familia que acompañaba. Nuestra casa se fue llenando de luz, risas, lágrimas, pensamientos, proyectos, pisadas, latidos y -sobre todo- de LUCHA. La casa se fue haciendo grande y nuestro mejor refugio. Y así, haciéndose, se fue abriendo para dar la bienvenida a un quiosco, un lugar que nuestros padres idearon como negocio familiar. Mamá, la Azucena más pura en su integridad y la “Susy” más hermosa de nuestro ejido, se volvió quiosquera. La de la sonrisa que por cada persona que atendía se hacía más inmensa y agradecida. Por fortuna, nosotros siempre fuimos privilegiados de poder observar esa sonrisa que creaba vida. Papá laboraba mucho, llegaba a casa a almorzar y creaba también rituales familiares que hacían de nuestro quiosco un hogar y de esa casa un hogar. ¿Felicidad, plenitud, riqueza? Sí y no. Las cantidades de altibajos económicos, la cantidad de caras de preocupación, la gran cantidad de horas de charlas en noches de nuestros padres no daban razón para ser felices. Sin embargo, todos los días salía el sol y abríamos el quiosquito; volvían las sonrisas y los agradecimientos. Un día, el pequeño dejó de ser ese lugarcito de la casa para crecer dentro de un salón que primeramente acunó encuentros deslumbrantes, juegos de infancia, comidas familiares: se transformó en el mundo que nos salvó del mundo. Pasó a ser un techo más grande que nuestra propia casa. Pasó a ser un lugar fresco, impregnado de aromas venidos de la misma tierra. Era nuestro nuevo lugar. Era nuestra vida por dentro y por fuera, pintada, ordenada, reluciente. ¿Hablamos de años? Comenzamos

en 1983 -memorable principio- en donde estuvo primero nuestro living, reinaugurando en 1989 en un salón más grande, con continuidad, atendiendo día a día. Siempre nos llamamos "ELIMAR": ELISA Y MARTÍN, nuestros segundos nombres. Siempre fuimos coloridos y risueños. Nuestros ojos inmensos lo eran cada vez más viendo cómo el negocio, ese sueño tan familiar, arrullaba a todas las gentes que entraban y volvían, a quienes nos elegían. Todos y todas fuimos creciendo, claro que sí. Pasamos, además, crisis mundiales, nacionales, municipales, comerciales y familiares que hicieron temblar las paredes de nuestro quiosco, pero el techo siempre se mantuvo reluciente, firme, protector y dando esa frescura añorada que nos brindó desde sus comienzos. Así han pasado generaciones de familias por nuestro Elimar; hoy vienen los nietos y las nietas de aquellas infancias que compraron golosinas tantas veces en tantos años, golpeando un domingo la puerta del negocio para que les abriéramos rápido porque querían un chupetín y unos globitos de carnaval. Tenemos la fortuna de decir en el hoy que nuestro quiosco siempre acompañó a las infancias. Que muchas y muchos iban a comprar caramelos y, de paso, contaban sus penas, sus dolores y sus sinsabores. Que muchas y muchos nos decían -mientras les dábamos el vuelto- cuáles eran sus sueños y sus aspiraciones de grandes y hoy pasan a saludar volviendo de algún viaje del exterior, de visitar a los hijos y nietos o de levantar los paredones de (sus) casas. Nosotros, como familia, escuchamos hasta hoy debates políticos cautivantes de Cipoleños idos y venidos. Nosotros somos parte de un lugar clásico de encuentros que lleva cuarenta logrados años albergando miradas, palabras, risas y abrazos. Y nuestros padres, Susy y Coco, ¿qué decirles de ellos? Anfitriones de una historia que nos ha enseñado a vivir luchando, aprendiendo atentos, avanzando con cautela y protegiendo - por sobre todas las ganancias - a los amores. Porque de esto se trata nuestro quiosco, de un amor prodigio que renace con cada recuerdo.

VISITANDO NUESTRO MUSEO

Mirna Romagnoli

Era una cálida tardecita de abril.

Decidimos, visitar el museo. Al arribar al predio, un bullicio de pájaros, parapetados en el verdor de los arboles, envolvió nuestros oídos.

La estructura edilicia, esta ubicada actualmente, en terrenos, donados por doña Lucinda Larrosa de Fernández de Oro. El inmueble se llamaba "Pichi Ruca" (pequeña casa).

En sus orígenes, estuvo situada en "La casa Peuser", el 27 de Abril de 1972, el municipio la adquirió, Declarándola Monumento Histórico.

El Museo Oficial Histórico y Paleontológico "Carlos Ameghino", fundado el 03.10.1971, por el paleontólogo: Roberto Abel, siendo su 1er Director en la actualidad, esta bajo la supervisión del paleontólogo y Taxidermista, Juan Carlos Muñoz.

Estos personajes, volcaron su pasión y atracción por los fósiles con sus trabajos de búsqueda paciencia y perseverancia... secundados por alumnos e investigadores... encontraron... huesito por huesito, descubriendo tres dinosaurios:

- 1- ABELISARURUS COMAHUENCHI (por Roberto Abel).
- 2- ROCASAURUS MUÑOSIS (por Carlos Muñoz).
- 3- ANKILOSAURUS (Único ejemplar en América Del Sur).

Todos se escriben, en las salas del museo.

Recorrimos, las diversas dependencias, admirando la colección y exposición valiosa, de todas las piezas.

2. Salas Paleontología (Roberto Abel).
2. Salas de aves Patagonicas y países limítrofes.
1. Sala Histórica local (Hector Lozano).
- Galería de fotos (Sebastian Delfino).

Sala Arqueología (materiales recuperados en las distintas expediciones al desierto).

1. Laboratorio.

La Provincia de Rio Negro, ha sido privilegiada por la naturaleza. Las reservas fosilíferas de sus yacimientos, es un deposito ah descubierto en su totalidad, en cuyo logro, se esta trabajando intensamente.

La historia de las ciencias, entusiasmo a chicos y grandes, y... despertaron de su largo sueño de más de 200 millones de años... a los Gigantes de la

Patagonia.

Investigando éstos enigmas, se descubren los mensajes, que nos dejaron nuestros antepasados. Podemos hablar de aves, mamíferos, reptiles, flora, como así también, de los minerales, que nos permiten estudiar, como y de, Qué ?? vivían los seres, que nos precedieron, en esta parte del planeta. Y... en _Qué?? ambientes y climas evolucionaron.

"la desértica meseta Patagónica, es un libro abierto al descubrimiento de las Riquezas Fósiles". (expresión del paleontólogo: Juan Porfiri, Director del "Museo del Desierto Patagónico", de la ciudad de Añelo).

Nuestro patrimonio histórico, lo que hemos heredado y hemos construido como sociedad, solo tiene valor, si se conoce y se difunde.

Esta es una de las metas, de las visitas por el público y los escolares, qué... en época de pandemia, estuvieron suspendidas, dado el: AISLAMIENTO SOCIAL PREVENTIVO Y OBLIGATORIO.

En el contenido de un museo, en la tapa de una revista, ó... en la habitación de un niño a través de la imaginación, cobra vida. Estos animales, que despiertan nuestra curiosidad.

Imaginación y Curiosidad, son los dos grandes pilares de la paleontología.

¡EL CHIPI NADA MÁS!

Carlos Arturo Borquez Castillo

Caminando las calles de esté Cipolletti
Marcaste una huella, sin importar tú nombre
Con ternura y cariño el pueblo te adoptó
Y fuiste para todos, el Chipi nada más

Poco supe de vos tampoco quise indagar
Tú apellido era Quiroga, pero para todos eras
Un caminante incansable que pedía para puchos
Él Chipi, él Chipi de esta ciudad

En tú inocencia divina, si fuiste feliz o triste
Nadie lo pudo saber, solo Dios que sabe todo
Él lo podría explicar porque te llevo temprano
Quiso tenerte consigo, tal vez para darte paz

Porque fue muy doloroso y tan triste tú final
Sí vos conocías tanto, las calles de la ciudad
Como te llegó a pasar, hasta ahí era tu destino
Que tenías ya marcado, pregunta sin contestar

La congoja de tú hermana con lágrimas en los ojos
No encuentran explicación, las palabras de despido
Invocadas por la gente, se murió el Chipi decían
Personaje de este pueblo seguro se va a extrañar

Personaje de este Cipo que sabe lo que es sufrir
Hoy te recuerdan murales que alguien supo pintar
Fumando siempre fumando así te han de recordar
Al que le pedías puchos o plata para comprar

No es tiempo de inventar nada a la hora de contar
Vale poco un homenaje a alguien que ya no está
Pues el contacto contigo fueron algunos minutos
Y sin perder mucho tiempo cigarrillos te compre

Para el final me reservo algo que pocos supieron
Que embelesado jugabas con autitos y peluches

Sensibilidad muy pura o es que nunca fuiste grande
Eso ya se fue contigo nadie lo podrá saber

Caminante, caminando, fumando siempre fumando
De seguro allí en el cielo lo has de seguir haciendo
Igual falta tú figura en las calles de este pueblo
Que hoy te sigue recordando
¡COMO EL CHIPI, COMO EL CHIPI NADA MÁS!

¡MI CIPO, MI CIUDAD!

Carlos Alberto Borquez Castillo

Vine hace mucho tiempo desde otro lugar
Buscando mi futuro llegue a tú terminal
Con tus calles de tierra y agua en las acequias
Te conocí mi pueblo, mi CIPO, hoy ciudad

Aquí encontré trabajo aquí encontré el amor
Aquí formé familia y construí mi hogar
Aquí Dios me dio hijos, aquí crecieron ellos
Ellos me dieron nietos y aquí vivo hoy

Aquí conocí al club, al club de mis amores
Subido a la tribuna ahí junto a su hinchada
Con cánticos y gritos disfrutamos los triunfos
Llorando algunas veces sufrimos las derrotas

CIPO club de mi pueblo, también te hiciste grande
Competencias feroces has debido enfrentar
Tal vez te faltó suerte para llegar más alto
Pero en la Patagonia tú eres el capataz

Con el paso del tiempo también pasaron cosas
De las buenas y malas mezcla de arena y cal
Así mi pueblo ha sido por muertes castigado
Algo que nadie explica tuvo que suceder

No se puede explicar y aún menos entender
Porque le pasó esto "A CIPO MI CIUDAD"
Impotencia y dolor por sangre derramada
Y heridas que jamás han de cicatrizar

Hoy camino tus calles, varias no son de tierra
No existen las acequias y tampoco un vecino
Regando con un tacho o abriendo una compuerta
Ha llegado el progreso, predomina el asfalto

No hay lechero que pase, vendedor ambulante
Verdulero en la esquina, diariero con su grito

Ni mates ni un asado compartido en veredas
Si hay cerrojos y rejas, en ventanas y puertas

Que lástima mi pueblo, convertido en ciudad
Pienso y mejor sería que no hubieras crecido
Porque todo esto trajo mucha inseguridad
Se extreman los cuidados, el mal ataca igual

Dolor porque mi club, otra vez no ascendió
Dolor porque te roban con tanta impunidad
Dolor por la justicia que abala el mal por bien
Dolor por muchas muertes, aún sin resolver

Has crecido mi pueblo, eres ya gran "CIUDAD"
Pero muy pese a todo, yo también como muchos
Que han de pensar igual, si tú me lo permites
Quiero seguir acá
¡MI PUEBLO, MI CIPO, MI CIUDAD!

LO INVISIBLE

Ivana Mezque

Caminaba siempre solo, su mirada perdida, una mueca en su boca, no decía mucho pero su cuerpo expresaba en su andar la insignia de una vida cruel. "El Chipi" le decían, emblema de nuestras calles, embajador de nuestros barrios. Entre las vías del tren, en las plazas de la ciudad, en la cancha del club, en los bares, de noche y de día, aparecía como un paisaje retórico.

El Chipi era un vecino, como todos nosotros de una ciudad rodeada de valles, de canales, de álamos que observan. Con el frío seco de los inviernos donde deambulaba, pidiendo ropa, o en el verano caluroso donde se acercaba pidiendo un pucho.

Vecino de una ciudad de colores, que desde sus bardas puede observarse la confluencia de dos ríos que se entrecruzan y abrazan, una ciudad que tiene cuevas de león, que tiene pájaros que anidan y crecen en su tierra.

Una ciudad con identidad, con marcas y cicatrices, con añoranzas de inmigrantes, con la creatividad de quien comienza de cero, produciendo, inventando, arriesgando.

Chipi nos enseñó que no todo lo desconocido es malo, que no todo lo diferente es temeroso, que no sirve mirar sin observar, que la caridad no es honesta si no está acompañada de empatía y buen trato, que lo invisible, a veces se hace visible, que el mérito es un invento de quienes nunca tuvieron carencias de amor y protección.

El chipi te pedía un pucho, y si vos amorosamente le decías: "chipi, no tengo nada" como solemos hacer, con gestos de pena actuada, él te brindaba una moneda, porque él sí sabía lo que era "no tener nada".

Era un vecino, "el flaco", "el loco", "el linyera", era nuestro, era de nadie, era libre, era paisaje, ojalá nuestra hermosa ciudad entienda algún día lo relevante que es no invisibilizar, lo importante que es ver al otro, para no atropellar, para no herir, para no matar.

DOÑA MARÍA

Norma Rosa Alonso

Era la verdulera del pueblo.

Ella recorría todas las calles con su alegría de joven madre.

Y la esperanza de ganar el dinero necesario para su hogar.

Recorría su amado cipolletti con su eterna canción, "fruta barata señora a aca llega la galleguita".

Así todas las mañanas ,con su vestidito de algodón floreado en pleno invierno.

Pues su pobreza no le daba para más.

Con lo ganado alimentaba a sus 6 hijos y así recorría su amado pueblo.

Ella conocía todo cipolletti y todos las conocían a ella.

La esperaban en las puertas de sus casas con mucha confianza.

Era una galleguita nacida en granada española.

De ondulados y negros cabellos,sonrisa contagiosa y mucho salero,

Caminaba las calles,con su carrito de dos ruedas de goma,tirado por su compañera la yegua morena.

Con la esperanza de alimentar a sus pequeños.

Ella era muy querida, por su sonrisa angelical.

Vendía con mucha alegría, respeto y bondad, su fresca y sabrosa fruta en toda la ciudad.

Hoy todos en el pueblo la despiden con blancos pañuelos.

Una carroza de briosos caballos con crespones negros al viento, llevan su cansado cuerpo.

Se ha ido al cielo ésa galleguita trabajadora y con tanto salero.

Ella era mi amada madre,que en mi alma siempre la llevó.

Este es mi homenaje a la hermosa verdulera.

Que tantos años a su trabajo le dedicó y el cariño de su gente se ganó.

Es la enseñanza que me dejó.

Gracias mamá.

NO ME JUZGUEN

Susana Ferrer

Les pedí que nos reuniéramos. Necesito darles una explicación de lo ocurrido. Elegí el anfiteatro de nuestro querido Cipolletti porque aquí, ya en la adolescencia, organizábamos nuestras andanzas.

¡Si habremos armado y desarmado amores intensos! Cierto que, antes de terminar el armado, los míos, de desmoronaban. Entonces me convencía de que la pinta era lo de menos. Tuvimos discusiones interminables sobre el "ser y no ser". Allí, casi nunca coincidía con ustedes, me decían que no estaba a la altura de lo tratado. En fin, lo mío es lo práctico. Por eso estoy acá y seré el único orador. Solo quiero dar mi versión de los hechos. No se enreden en discursos inútiles. Hoy no.

Mi viejo trabajó desde pibe en la farmacia, junto al farmacéutico Conti, uno de los primeros de la ciudad. Aprendió con él muchos procedimientos, armar comprimidos, ventosas, etc.

Me contó de estas experiencias cuando yo fui más grande y siempre me asombraron. Por eso a mí se me ocurrió, lo que se me ocurrió.

Cuando organizamos el último asado, algunos pensamos en algo gracioso para la ocasión.

Finalmente, la idea no cuajó y quedó dando vueltas en mi cabeza y en mi ingenio. Porque, no van a decir que no estuve original.

La carne salió riquísima, los choris espectaculares. Antes de arrancar con el baile y con unas cuantas cervezas ya tomadas, les propuse un juego y allí les invité con mis caramelos dorados para alcanzar la felicidad total. ¡La cara que pusieron! todos ansiosos de lograrla. Nunca tomamos nada ilegal, ahora tampoco. Las chicas fueron las que en principio se mostraron dudosas. Se que algunas veces estuve torpe, lo reconozco, pero en ese momento fui convincente con mi argumento. Tengo mi dosis de seducción.

Así fue como cada cual tomó uno. Los había preparado muy cuidadosamente con avena y dulce de leche, comprimiéndolos con un utensilio de cocina. Ese procedimiento también lo aprendí en los relatos de mi viejo. De esa acción viene la definición de "comprimido". ¿Lo sabían? Ja. Eso, para los que no me ponen en el grupo de los sabios. Y, recordando los dichos de mi padre de como "dorar la píldora", intenté dorar una para cada uno de ustedes. Por supuesto que no lo hice con polvo de oro como a inicios del siglo XX, los pasé por purpurina que, como es un elemento que usé en las horas de plástica, no lo creí nocivo. No digan que no quedaron cautivados y cautivadas. Se creyeron eso de la felicidad.

Las risas crecieron y las caras de desenfreno se replicaron. La música muy motivadora. Ensoñación por dulce de leche y avena. Todos quedaron envueltos en la telaraña de la ilusión de la verdad.

La cuestión es que la mayoría de quienes habían deleitado mis caramelos de la felicidad comenzaron a descomponerse. Al principio no entendí nada. Todos apuntaron a la golosina regalada. No me hice cargo, no me sentí responsable. Mi nombre rodó en sus comentarios varios días y quedé marginado. La verdad, me sorprendieron en esa acusación tan masiva y lacerante para mi persona. Por eso hoy quiero hacer este descargo. Pues sí, la purpurina fue la causante. Pido disculpas.

Solo quise "dorarles la píldora". No me juzguen.

CIPOLLETTI

Manuel Leónidas Plaza Romero

Corría el año 1985 cuando llegamos a esta hermosa ciudad (Yo tenía 18 años). Fui adoptado por mis tíos cuando quede huérfanos de Papá y Mamá (tenía 8 años).

Vivíamos en la ciudad de Olavarría desde allí viajamos en el tren al que llamaban el zapalero.

Era como un sueño entrar al valle en el tren y ver por las ventanillas las hermosas chacras.

Y el colorido de las deliciosas manzanas y peras, daba la impresión como si se pudieran tocar con las manos y se nos hacía agua la boca por probarlas (en Olavarría se decía que (Cipolletti era conocida por sus ricas manzanas).

Al venir viajando en el tren me causó gracia un colectivo llamado koko, un mercedez que corría a la par del tren por la ruta chica, Y al llegar a Cipolletti vi otro colectivo mercedez llamado la Cipoleña de color amarillo o crema con negro el cual recorría toda la ciudad.

También estaba la línea de Colectivos Alto Valle, este unía Cipolletti con Neuquén.

Recuerdo estar parado en Alem y Brentana era el medio día y por Brentana venían cantidad de hombres y mujeres en bicicletas lo cual llamo mi atención y supe que eran empacadores, gente que trabajaba en los galpones donde se clasificaba la fruta para exportar.

En esos vaivenes íbamos a las chacras a pedir manzanas y el señor chacarero nos decía que bueno que me pidan y no me roben o me rompan los árboles, mientras llenábamos las bolsas degustábamos las ricas y jugosas manzanas.

Mientras buscábamos trabajos, en una cancha que hoy se llama parque Norte; conocí a un señor llamado Osvaldo Quiñones el cual entrenaba chicos para La Maratón de la ciudad, me anotó en su cuaderno y también entrene con él, observaba su reloj en cada vuelta y nos decía vamos más rápido que hay que bajar el tiempo, fueron los comienzos de las primeras Corridas de la Ciudad, participé muchas veces pero siempre nos ganaba Tranquilino Valenzuela.

Algo que nos gustaba era ir a bañarnos a los canales, estaba prohibido porque ahí se lavaban las máquinas fumigadoras. Un día estábamos en la ruta 151 cerca de la planta potabilizadora, la chacra llegaba hasta el

canal hoy se llama (Barrio las Viñas), nos estábamos bañando, jugando y comiendo manzanas cuando llegó un Falcón era la policía y varios de nuestros amigos escaparon para la chacra; el Policía nos dijo: ¿no saben que está prohibido bañarse?, yo temblando le dije perdón no sabía, mis primos y yo llegamos hace unas semanas de Olavarría, él me dijo bueno vístanse y se van, le dije bueno Señor, el patrullero se fue y los pibes volvieron y nos seguimos bañando éramos 8 o 10 travesura de aquellos días, volvíamos a casa cuando bajaba el sol de 40 grados cada uno con una bolsa con manzanas.

Las vacaciones o escapadas de fin de semana era ir a la Isla Jordán caminando, a dedo, en bicicleta o los domingos en la Cipoleña se disfrutaba de bañarse, pescar, acampar, guitarreadas o fútbol, etc. que hermosos momentos aquellos no había maldad, solo picardías.

HACIENDO CAMINO AL ANDAR, PERO BAJO EL AGUA

Angélica Tralma

Haciendo camino al andar, pero bajo el agua.

Abril es un mes de transición, apenas unos días luego del equinoccio de otoño, el clima nos invita a jugar entre días de pantalón corto y sandalias y días de suéter y botas de estación. Pero este abril no es un abril cualquiera, nos ha sorprendido con una excepcionalidad de la naturaleza.

-¡Botas de goma y a hacerse camino al andar mi compañera!, animadamente dice Vanesa.

- ¡Sí! ¡Estoy lista! Chapoteando en el agua, levanto una pierna, la fuerza del agua parece que me quiere llevar, siento como si estuviera en una película en la que atravieso el mar. Miro a la derecha, veo agua; miro a la izquierda, veo agua; miro hacia atrás, veo agua, parece que sigue subiendo el nivel del agua. Creo que tengo agua adentro de la bota. Miro hacia adelante y veo a mi vecina llevando una caja, muevo las manos para que me vea así la saludo.

-¡Mirá vecina estoy en el mar!

-Hola vecinita, tené cuidado, no le sueltes la mano a tu mami.

-Hola vecina, después paso por su casa a dejar la caja de alimentos no perecederos para llevar al polideportivo, le dice Vane, la mamá de Luli.

Al día siguiente Luli se despierta y se asoma por la ventana para ver si sigue el mar afuera.

-Sigue el mar, me voy a poner las botas así vamos a caminar bajo en agua otra vez. Y hoy tampoco tengo clases, mi mamá tampoco tiene que ir a trabajar, mi papá tampoco. Estamos todos en casa, y todos hablan del agua y de donar comida, y de cuidar a los animalitos. Mi perrito está adentro ahora, que bueno que por fin lo dejan que duerma adentro.

- ¡Luli vamos a desayunar! Después te quedás con papá, yo voy a ir al poli con la vecina para ordenar la comida para los vecinos evacuados.

-¿Vecinos evaluados?, pregunta Luli.

- Vecinos evacuados, responde Vane. Algunos vecinos tuvieron que salir de sus casas por el agua, el agua entró en las casas. Nosotros los vamos a ayudar estos días hasta que “el mar” desaparezca.

Unos cuantos años han pasado ya del temporal del 2014 y Luli lo recuerda con alegría y exaltación por chapotear en el agua que había alcanzado niveles extraordinarios en ese abril. Y ahora también entiende que esos momentos que ella disfrutó, fueron momentos difíciles para algunos

vecinos. Y también entiende que las obras hídricas de la zona tienen un papel fundamental en eventos climáticos atípicos.

Por las dudas, ella siempre se asegura que el desagote de las calles esté libre de basura. Abril es un mes que nos invita a barrer las hojas de las alcantarillas.

#objetosperdidos

Angélica Tralma

-¡Chofer, en la parada del Parque Rosauer por favor!

Bajarte de "La Cipoleña" es toda una odisea cuando vas con una niña medio dormida y con sus botitas de gamuza en la mano porque la pequeña ha salido de casa en alpargatas. Hoy celebramos el 25 de mayo en el jardín y salimos vestidas para la ocasión, recordar el primer gobierno patrio ciertamente lo amerita.

Mientras bajamos por la puerta trasera, el chofer se luce con su boletera plateada, cortando boletos de distintos colores de acuerdo al tipo de pasaje. En esa parada suele haber bastante movimiento. Salen boletos rosas, amarillos, blancos, entre otros. En casa coleccionamos los boletos capicúas, hemos tenido algo de suerte en ocasiones. A veces, le pegamos en el palo, le erramos por uno o dos números. Entre juntar las monedas para pagar, justo dejás que suba otro antes que vos. ¡Suertudo ese que se quedó con el capicúa!

Bajamos del colectivo, apoyé las botitas de mi princesa en el pilar de la luz, e hice mi osado intento de despertarla.

- "Yo canto para alguien, someone like you, someone like me, sólo como tú, oh, my sister. Todo el mundo va buscando ese lugar, looking for paradise."

Ese es el único que tema que puede despertarla un poco, así es que vamos poniéndole ritmo al trayecto mientras camino con mi princesa en brazos. Hacemos una parada en el local que tiene los mejores sanguches de miga de la ciudad y compramos media docena con una botellita de gaseosa de vidrio. Menos plástico, pienso. Es un pequeño aporte, todo suma.

- ¡Muy bien Ámbar! Por fin despertaste, vamos a cambiarnos las alpargatas por las botas así caminamos hacia el jardín.

- ¡¿Las botas?! ¿Alguien las vio?

El último momento que recuerdo tener las botas fue al bajar del colectivo, y de pronto recuerdo donde quedaron.

- ¡En el pilar de la luz!

Volvimos tan pronto como pudimos al lugar a ver si estaban las botitas de gamuza. Ya no estaban, ¡ya no están!

Algún vecino las habrá encontrado y se las llevó. ¿Tendrá una hija con el pie pequeño como el de Ámbar? ¿Será que pensó en buscar al dueño, pero al no ver a nadie simplemente desistió? ¿Si tuviéramos algún puesto

de objetos perdidos en la ciudad, alguien las acercaría?

Perdimos un par de botas, sí. Pero, por otro lado, ganamos una experiencia que nos llevó a organizar un puesto de objetos perdidos en el barrio. Muchas cosas no vuelven, pero algunas sí. "Es un pequeño aporte, todo suma", frases trilladas si las hay dirán algunos. Y otros decimos que estamos transitando una transformación social, esa turbulencia que acompaña al cambio y que solo puede hacernos crecer.

LA MUDANZA

Ailen Ferrando

Luego de unas cuantas horas, apretados y cansados, llegamos al valle. La ruta se encontraba rodeada de campos de frutales. «Se llaman chacras», nos dijeron tiempo después, pero hasta ese momento yo nunca había escuchado esa palabra. El viaje en camioneta desde Capital Federal parecía interminable. Adelante, mis padres. Atrás, mis hermanos y yo. Aún más atrás, cuatro colchones, una heladera, una mesa de camping y algunas cajas. Toda la ropa que cargábamos era abrigada, porque ya estaba terminando el verano y mamá nos dijo que llevemos abrigo, mucho abrigo, porque nos estábamos yendo a vivir al sur.

Atravesamos un cartel que nos daba la bienvenida y supimos que habíamos llegado a destino. Era marzo del año 2003 y ese día conocí Cipolletti.

La ropa abrigada tuvo que esperar hasta las últimas semanas del otoño, ya que el clima nos recibió con la misma calidez que la ciudad. En aquella época fueron pocos los lujos, pero con el tiempo nos fuimos acomodando. De vivir en un hotel pasamos a vivir en un departamento pequeño. Casi tan rápido como el viento patagónico, las cajas se fueron transformando en muebles. Un par de años después, nos mudamos a nuestra casa y así, viviendo entre el canal de riego y una pared de algodonosos álamos, supimos que ese era nuestro lugar.

Mudarse no fue sólo cambiar de casa ni de ciudad, fue cambiar de rutina y de hábitos. Fue encontrar lugares y personas nuevas. Fue conocer la libertad de ir a todos lados en bicicleta, los atardeceres en el río, los verdaderos colores del cerro azul, la quietud de los domingos, la bella floración de los manzanos, la cotidianeidad de cruzar balsas y puentes, el sabor de la fruta recién cosechada, los pinchazos de los alpatacos, el característico aroma de los olivillos y las caminatas en la barda a la vista de los jotes.

Hace poco me preguntaron de donde era, «de Cipo», respondí sin dudarlo.

UNA NUEVA OPORTUNIDAD

Martín Fernández

Para un adolescente que no quiere estar en ningún lado pero que tampoco sabe bien a dónde quiere volver,

Cipolletti fue un bálsamo en su vida aquel verano. Sus canales de riego repletos de caras sonrientes chapoteando, la fruta y los jugos caseros que le ofrecían en cada nueva casa que visitaba, el desfile de camiones cargados de peras y manzanas, los tractores que de temprano dejaban oír sus motores rezongando mientras cargaban algún bin, la plaza "El paseo de la Familia" repleta de niños que no dejaban de gritar de alegría y ese pequeño bosque una cuadra más adelante que hoy se llama plaza de la Justicia...

Todo se combinaba a la perfección y llenaba por completo ese vacío que lo agobiaba por momentos.

No supo cuándo fue que olvidó el verdadero motivo por el que había llegado a la Ciudad.

Todo parecía indicar que algo bueno se aproximaba, incluso hasta la novela del prime time que meses después se hizo tan popular parecía presagiar buenas oportunidades.

Y no hay nada más satisfactorio que afirmar que así fue.

Venían tiempos mejores.

CAMINA LAS CALLES DEL PUEBLO, TU AUSENCIA

Fernando Russo

Nadie sería capaz de arriesgar cuál fue el momento exacto en que comenzó a deambular por las calles del pueblo. Ningún vecino podría afirmar cuándo nació, si es que eso era, su vocación. Cierta vez escuché a un médico decir que lo suyo era un problema del sistema nervioso que provoca la sensación de un impulso irrefrenable a levantarse y pasear o caminar, sin embargo nadie podría sostener tal afirmación. En una oportunidad, cierto poeta local proclamaba a los cuatro vientos que, como no podía ser de otra manera, el vértigo poético del constante movimiento era, a veces, irrefrenablemente veloz; otras, mansamente bucólico y contemplativo pero siempre, siempre era sensación de movimiento; abrir sendas, tomar atajos, explorar caminos, encontrar amigos.

Algunos dirían después que la boina, que la espalda doblada, que la lluvia del invierno o el viento de la primavera, que el crujir de la hojarasca del otoño bajo sus botas; otros que andaré arriando estrellas por la vía láctea, descolgando asteroides sus casi dos metros de humanidad, pidiendo algo para fumar a los anillos de Saturno. Muchos dirán: mi gente, la de siempre. Ciertos individuos, mi pueblo, mi patria, mi vida entera. Sus borcegos. La calle,

Ayer, domingo. Ayer, cerca de la Visera, en el preciso instante en el cual la Barra del Tigre y La 69 enrojecían gargantas comulgando en profundos, íntimos e insólitos cantos colectivos, me crucé con el Chipi. En la heladería cercana al Parque Meteorológico, una niña se columpiaba, hamacada por su abuela. Otros vecinos, junto a las sempiternas palomas, celebraban renaceres, en brotes de sauces y aromos. Nos miramos por un instante. Sonreímos. No me pidió un pucho. Parece que, tardía pero afortunadamente, los dos dejamos el vicio. Es necesario para poder seguir caminando. Que no nos falte el aire. Nunca. Para seguir caminando. Siempre, Caminando. El pueblo. Las calles. Mi gente. Nuestra gente.

SIESTA JUNTO AL RÍO

Fernando Russo

Cuando llegaba la primavera, luego del almuerzo del domingo, la Polaquita subía a su bicicleta y, unas cuantas pedaleadas, camino de ripio abajo por entre las alamedas de Cuatro Esquinas, depositaba su ánimo frente al río.

Embebida de un ancestral regocijo, invariablemente se descalzaba y, muy lentamente, como impulsada por las intermitentes oleadas de aire templado, llegaba hasta la orilla.

Deshaciendo sus angustias, muchas veces se arrodillaba y extendía sus brazos, explorando el espacio. Entornaba luego sus párpados mientras un aire pegajoso y cansino arremolinaba sus cabellos. De vez en cuando, en forma parsimoniosa y ritual, se replegaba sobre sí misma hasta ovillarse y quedarse dormida al rato, sobre las piedras tibias.

En cierta oportunidad, mientras la bicicleta descansaba a la sombra de un sauce mimbre y el sol de la tarde calentaba las capas de aire, su cuerpo dormido, cual si fuera un espejismo, se hizo visible en la orilla opuesta. En la duermevela, la Polaquita vio una imagen sutil y volátil aturdida bajo el monte de olivillos de la margen contraria, que creyó era la suya. La proyección, en tanto abría sus ojos atemporales, absorbía el efluvio de las flores de alfalfa y la serena exhalación del agua. Primero fueron sus manos las que perdieron la transparencia. Luego su rostro y en él su boca, sus ojos y oídos. Seguidamente su tronco, sus pechos incipientes y su vientre. Al rato sus piernas, sus pies, las uñas y el cabello. Así, este cuerpo otro, parido del aire en el aire, se embebió de resplandores y se perdió en la espesura.

Esa tarde de tantas tardes antiguas, el río destellaba claridades. La atmósfera era perfectamente traslúcida. El canto de las calandrias sosegaba el letargo de los cisnes. Las flores de diente de león y las de la jarilla amarilleaban los senderos de la espesura ribereña. La Polaquita despertó cuando las aguas comenzaban a teñirse de un rojo violáceo. Se desperezó largamente y un bostezo profundo acompañó sus movimientos. Quería retener aquella sensación de ligero amodorramiento, tan distinta al estremecimiento y desagrado que experimentó recientemente al percibir aquella sangre sucia deslizándose por sus muslos. La Polaquita abrió bien grandes sus ojos. El río siempre le generaba una sensación de calma y al mismo tiempo, la abastecía de una extraña e inexplicable fuerza. En la orilla de enfrente creyó ver una suerte de cápsula, probablemente de

una crisálida, absolutamente sobredimensionada, sutil y vacía; un capullo apenas perceptible. Un receptáculo vaporoso, del color de las flores del chañar que, algo o alguien que la Polaquita creyó ver se sumergía en ese instante en las aguas del Neuquén, habría abandonado recientemente.

Al rato, las piedras jadeaban vapores. Por ese entonces ya se habían acallado las voces con las que los hermanos mayores instruían a los más pequeños en los secretos del nado y en los misterios del río. El crepitar de insectos, presagiando la dulzura de esas mieles resguardadas en las entrañas de los molles, se había apagado ya hacía un rato largo. Los crustáceos y las garzas descansaban al amparo de un tácito y recurrente armisticio hasta que el amanecer los convocara para celebrar la persistencia de un equilibrio antiguo.

La noche sorprendió a la Polaquita pedaleando camino de ripio arriba, por entre las alamedas de Cuatro Esquinas. Estimulada por el canto las voces de las aguas de las acequias, imaginó, sintió que la proyección de su cuerpo había sido fecundada por los hálitos del agua y, al amparo de las complicidades de la luna llena, volvía a nacer, ahora. Desnuda; congénita y epifánicamente vuelta a fundar, se desdoblaba en otrasellas, en otrosellos primitivos. Al pedalear se desdoblaba. Pedaleaba y renacía. Su bicicleta se deslizaba mansamente en la quietud de las chacras y ella, mecida por la reminiscencia de las aguas, resurgía, hembra y macho alternante en ese preciso instante de estar todos en uno, antes de volver a dormir, esa noche, otras inmemoriales noches, en las que intuía que una corrida de gallaretas, desde siempre, estremecía sus pasiones.

EL VIENTO EN LOS MANZANOS

Marisel Santarelli

A la hora de la siesta nos gustaba dormir bajo los manzanos. El olor a menta se adhería a nuestra piel e impregnaba nuestra ropa, dejándonos una sensación de frescura, verde y perdurable. Los rayos del sol, al colarse por entre sus ramas, encendían llamas rojas en la copa de los manzanos. Nosotras, en la duermevela y desde abajo, contemplábamos un espectacular cielo verde con estrellas de fuego puro.

Todos los veranos, las chicas de la casa dormíamos la siesta debajo de los manzanos sintiendo el calor húmedo de los frutales y escuchando al viento zigzaguear entre el follaje. Siempre había un libro en nuestras manos y una flor de achicoria, amarga y amarilla, adornándonos las orejas. Para dormir, elegíamos los árboles cercanos al canal de riego. Al despertar, el rumor del agua, nos llevaba por los caminos del "dale que" y nos entrelazábamos en juegos imaginarios, volando montadas en las alas de nuestras risas.

Aquel viento, el de las siestas de la infancia, susurraba presagios cuando se sumaba a nuestras carcajadas. Ese viento poblado de aromas dulces, ese viento que nos secó tantas lágrimas jugando entre las hojas de los árboles o en las aguas de las acequias, nos contaba antiguas historias de hombres y mujeres labrando un paisaje nuevo; historias que no comprendimos en aquel entonces pero quedaron atesoradas, sin que nos diéramos cuenta, como una huella que nunca dejamos de andar. Nos acompañan hoy, en cada uno de nuestros pasos, aquellas mujeres primeras con sus hijos y los sueños que guardaron durante tanto tiempo en los bolsillos de sus delantales de cocina; aquellas mujeres de femeneidades otras, que no dudaron en tomar una pala o un arado y se hicieron, sin darse cuenta, parte de la tierra.

Ese viento que jamás ha dejado de susurrar y reír entre los manzanos y guarda secretos de pioneros, surcos y arados, me contó esta tarde, cuando me sorprendió sentada bajo uno de los manzanos de mis siestas en los veranos de la infancia, cuál era el misterio que jamás comprendimos. Transformado en leve brisa, sopló en mi oído: "lo que ellos y ellas no advirtieron jamás, posiblemente porque no hacía falta, es que la tierra labró sus manos y sus vidas". Sonriendo pensé: y también las mías.

MIRADAS

Marisel Santarelli

Cipolletti invita a caminar, sobre todo cuando la primavera se viene anunciando desde los suburbios del invierno.

Nos deja caer en las espaldas los primeros rayos invitándonos a salir... por ahí... el perfume de los almendros, los ciruelos, las retamas y los jazmines nos llenan el alma. Este valle nuestro revienta colores y perfumes, en cada estación.

Nos vestimos por fuera con ropa cómoda. Entonces caminamos por Moreno y cruzamos las vías hacia el parque Rosauer, y es inevitable sentir tres miradas colgadas a nuestra espalda. Miradas de espera, miradas de justicia postergada.

Es inevitable sentir la mano del Chelo, dibujando nuestra indiferencia hipócrita y nuestro desconsuelo adormecido. Los pinceles del Chelo plasmando como denuncia perpetua los hilos del poder que mueven la memoria hacia la indiferencia y oscuros recintos de lo aceptado.

Si salís a caminar por Cipolletti, cualquiera sea la estación que te albergue, con sus colores y sus aromas, no te olvides de pasar por Moreno y cruzar las vías hacia el parque Rosauer. Quedate un momento sintiendo las tres miradas en tu espalda; dejá que los colores de la demanda se peguen a tu ropa cómoda y apropiada y no te olvides... los Cipoleños también estamos hechos de estas tres miradas...

EL HOMBRE DE CAMPERA AMARILLA

Nicolás Figueroa

Camino errante, esquivando baldosas flojas.
Recibo el saludo de rostros desconocidos. Miro, y sigo. Sin rumbo fijo.
Me siento a comer un trozo de pan que alguna señora me dio al pasar.
Cierro un instante mis ojos, y veo imágenes secuenciales sin cesar.
El gris oxidado del Puente carretero. La soledad en el Fortín de Vitter.
La rotonda .Las vías del tren corriendo a la par. La perpendicularidad de la Estación.
La Pacheco, La Fernandez Oro. Las esquinas curvas en lo alto.
La plaza San Martín. Los perros y el que canta. Los autos que frenan dando paso al peatón.
Las paredes con gritos en tinta verde y violeta. Y Benito que pasa rápido, caminando sin rumbo.
La cúpula de la Iglesia. El arco de ingreso en La Toschi.
Respiro hondo. Disfruto del aire de la mañana, sin importar dónde el destino me depara.
El Sol golpea mi rostro vencido de sueños ajenos. Aprieto mis zapatos, y tomo vuelo, de nuevo.
Rómulo, Remo y la Loba tras las rejas. El mosaiquismo en el Rosauer.
Detrás, la Visera de Cemento.
Y en el ferroviario, el anfiteatro, la calesita, la Casa de la Música, y la Casa del Escritor.
El silencio del Museo Ameghino. Y los murales tras la Biblioteca Rivadavia.
Las esquinas con columnas en lo alto. Las diecinueve plazoletas que recortan la Alem.
Los toldos bajos sobre la Esmeralda. Y el abovedado de las tumbas en el Cementerio.
Rostros en los postes de luz, ni olvido ni perdón. Y la bocina del tren de cargas al amanecer.
Plazas pequeñas. Algunas con rejas. Otras, solo de tierra.
Allí donde el humo por las noches se vuelve viral, los techos de chapa, en Invierno titilan por demás.
El eucalipto del Centenario. Los recovecos en la Plaza de los Niños. Y el Puente 83 perdiéndose al final.

Por la Julio Salto, al fondo, la Isla Jordán. El kartódromo, antes de llegar.
Bodega Flor del Prado, La Falda, y la Sidrera más acá.

Me vuelvo a sentar. Descanso un poco. Acomodo los pensamientos, ya no deseo caminar.

Todos se angustian por mi soledad, mientras yo observo con absoluta tranquilidad mi hermosa ciudad.

“LA GUERRA TERMINÓ, SE DECLARÓ LA PAZ”

Irene Montesino

“Coca”, Haydee Bastoni, abre las puertas de su casa para contarme la historia familiar. En un ambiente donde se respira mucho amor y cuidado, con el perfume de un hermoso jardín se van desgranando estas memorias.

Los invito a disfrutar de estos recuerdos.

Ella me cuenta que su papá Biaggio Bastoni, (traducido es Blas) nació en Italia en el año 1892, oriundo de Gatteo (a Mare) ciudad a orillas del Adriático en la Región de Emilia Romagna. Era el más pequeño de tres hermanos y vivió su juventud en los años de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) Tiempos en los que las familias esperaban que sus hijos combatientes regresaran con vida a sus hogares. Las palabras no alcanzan para describir el sufrimiento por todo lo que una guerra destruye.

A los 14 años dejó su casa familiar, vivió en Alemania, en Francia y en sus primeros años jóvenes se fue a probar fortuna a EEUU en donde trabajó en el rubro de zapatería por diez años. En cada país acumuló saberes, idiomas, experiencias. Cuando se declaró la Guerra Mundial regresó como voluntario a su Europa natal pero no tenía la decisión firme de combatir; deseaba ser parte del Ejército pero no ir al frente de batalla. Para quedar exceptuado se lastimó una pierna y lo internaron. Entonces algo ocurrió... la monja enfermera omitió atenderlo provocando que Biaggio dijera algo faltándole el respeto. Fue motivo suficiente para que lo llevaran detenido al calabozo por su imprudencia. Cuando sanó le pidió trabajo al Capitán, dado que no quería ser parte del combate y su superior le dio la oportunidad de trabajar en su casa. Estando en esa actividad, la esposa del Capitán da a luz y contratan a una nodriza. Biaggio se siente atraído por esa mujer y ese fue otro motivo para castigarlo...el Capitán despidió a una de sus empleadas y le dio toda la tarea de la casa a Biaggio. Él no lo soportó y pidió ser transferido al frente. Le fue concedido su pedido pero previamente debía realizar la Instrucción de guerra dado que no la tenía, hizo la de caballería por tres meses.

Sorpresivamente el mismo día que se presentaría dieron la gran noticia: Se firmó la Paz...la guerra había terminado!

Y así como el final de los cuentos “Y colorín, colorado este cuento se ha terminado”...Yo diría que no...éste recién comienza...porque no es un cuento... es la Vida de Biaggio y de la familia que formó. En cada oportunidad que tenía les relataba su historia... se reía y lloraba, tal cual la existencia con sus dos ingredientes.

Más tarde este hombre encontró el amor de su vida en Giselda Berardi. Contrajo matrimonio a los 33 años, ella con 18 y decidieron viajar a la Argentina por nuevas oportunidades. Tuvieron dos hijas. Martina, nacida en Italia, en la ciudad de Gatteo provincia de Forli un 11 de noviembre de 1924. Decidieron dejarla al cuidado de una tía, antes de emprender el largo viaje en barco, dado que había muchos riesgos para una beba.

Llegaron a Buenos Aires al "Hotel de Inmigrantes", lugar que "Fue construido para recibir y prestar servicios, alojar y distribuir a los miles de inmigrantes procedentes de todo el mundo que arribaban a nuestro país" donde estuvieron tres días, debían llenar un formulario y allí elegir la actividad para la que estaban preparados, esto determinaba el destino al que los enviaban.

Martina su pequeña hija tenía 3 años, cuando sus tíos viajaron con ella a la Argentina para reencontrarse con sus padres. Con el pasar de los años, tuvo momentos en los que preguntaba -porqué la dejaron tres años en Italia-, se fue disipando ese dolor del corazón...mientras la vida florecía en ella. Estudió en la Escuela Primaria Nro 53, en su juventud encontró el amor, contrajo matrimonio con José Lorenzo, joven argentino, oriundo de Cipolletti, sus padres de origen español. Vivían en una chacra, ubicada en la entrada a la ciudad sobre Ruta 151 y Mariano Moreno. Propiedad del padre de su esposo. Tuvieron tres hijos: Marta, Mirta, José Luis y siete nietos, la experiencia de florecer continuará por siempre en ellos. José Lorenzo era el administrador de la chacra, donde producían peras y manzanas. Al fallecer su padre se queda allí, dando continuidad al trabajo, al sustento de la familia ..al amor por la tierra.

La segunda hija, Haydee "Coca", nació en Cipolletti , nuestra querida ciudad, un 10 de febrero de 1934.

Biaggio trabajó diez años como Encargado en la chacra "El Pebete", cuyo dueño era un inglés. Y Giselda era la cocinera, en tiempo de temporada alimentaba a treinta obreros. Ese lugar fue con el paso del tiempo la Sidrera La Delicia, con 27 hectáreas de tierra. Después de este trabajo se dedicó a la Fruticultura, cosechando peras y manzanas por muchos años. Llegó a tener su propia chacra de 5 hectáreas en Ferri. Después de la ardua tarea del desmonte, con mucho esfuerzo sus frutales dieron buenas cosechas. En esos tiempos, su hija Coca tenía diez años y en una extensión de 200 metros que era la distancia de la casa a la calle, cultivó con su mamá y su hermana Martina, hermosas flores. Aún las ama y las conoce en detalle. Estudió los primeros años en la Escuela Primaria Nro 53 y culminó el 7mo grado en la Escuela de Cuatro Esquinas, se iba hasta allí en bicicleta.

Coca conoció a Dante Travaglini, joven de origen italiano, mientras

compraban en la Farmacia Angelaccio, y se enamoraron. Más tarde contrajeron matrimonio, ella tenía 24 y él 25 años, era maestro mecánico y se desempeñó en Agua y Energía, antes en YPF Plaza Huinul. Tuvieron dos hijos varones Damián y Claudio, con un año y seis meses de diferencia. Jóvenes de bien, profesionales, Ingenieros Industriales con diferente especialidad. Luego fueron llegando los seis nietos, jóvenes estudiantes universitarios. Cuenta que tuvo una vida plena, dedicada a su familia. También viajaron conociendo Argentina hasta Brasil pero quedó pendiente Europa, aun así es feliz por lo vivido. En algún lugar de su corazón tiene escrita la palabra Paz y también la firmeza de carácter para sobrellevar la vida, lo que implica proyectarse hacia adelante.

En el mundo las guerras siguen estando y disfrazadas aun así son guerras. Y si no nos quitó la vida aún, como a tantos, el anhelo de mejores tiempos palpita en el corazón y el de ser sorprendidos con el mensaje "La guerra terminó, se declaró la paz".

ASÍ COMO ESTA HISTORIA...en esta tierra que habitamos, Argentina, prov. de Río Negro, ciudad de Cipolletti con un corazón abrasador, cobijando a quienes han llegado a lo largo de los años y continúan llegando, decididos a edificar sus vidas aquí . Una ciudad que hace mucho tiempo se la proclamó "Ciudad de Paz".

HAY TANTAS HISTORIAS SIMILARES... de inmigrantes que poblaron, sembraron con la entereza de sus corazones visionarios, con sufrimientos, en una tierra extraña. Así, vestidos de esperanza vislumbraron un futuro alentador para sus familias y el desafío constante para lograrlo. Tuvieron hijos, nietos, bisnietos ...generaciones de obreros, agricultores , estudiantes, profesionales. Con valores invaluable: amor a la familia, a la tierra, al trabajo, oportunidad de cultivar la fe en Dios creador de todo y con posibilidad de nutrirse de esa paz que mana de Su corazón y "que sobrepasa todo entendimiento".

En un abrazo de palabras, honro sus vidas con este escrito: La guerra terminó, se declaró la paz..

Ahora sí... "Colorín, colorado..." ¡Ya sembrada la semilla en el corazón que lee y escucha!

ALMAS PERDIDAS

Doris Estrada Campos

Don Alfonso camina despacio por los senderos de adoquines, mira a los costados y va arrancando la maleza que se entrevera en los rosales. Una hilera muy alta de pinos escuálidos lo escoltan, mientras el aire trae aromas de eucaliptos viejos.

Un intenso sudor corre por su frente rugosa mientras se seca con el reverso de la manga y sigue andando. El pelo canoso le asoma por debajo de la visera y entrecierra los ojos, el sol potente de noviembre parece eclipsarlo. Va como arrastrando la vida con sus pies cansados. Son casi sesenta años que trabaja en el cementerio y siente que ese sitio también le pertenece un poco, como su casa. Sabe que ha embellecido el lugar con su esfuerzo diario.

Cuando comenzó a trabajar allí tenía apenas veinte años, sin estudio ni preparación alguna, no tuvo reparos en aceptar la changa y de poco empezó a familiarizarse con el camposanto. Terminó afincándose. Había una mujer y un hijo que lo esperaban. Trabaja con la pala para hacer acequias de regadío, trasplanta y riega. Rastrilla. Vacía los canastos de flores secas y barre las callejuelas. Es calmado prolijo.

Cuando comenzó allí en los años "60, las tumbas estaban cercadas por un alambrado un poco caído, tanto que tan sólo era necesario saltar el cerco para entrar. Se podían ver las casas de adobe alrededor y algunos niños jugando. Con el tiempo se construyeron altos paredones y un pesado portón de entrada para llegar a la cruz mayor. Un Cristo de bronce envejecido observaba desde lo alto y las bóvedas familiares competían en herrajes y cristales brillantes.

Se sienta un momento a descansar. Ve pasar un cortejo numeroso, llantos y lamentos mientras ramos de flores cubren un féretro lustroso. ¡Cuántas veces ha visto la misma escena! Un carruaje negro deslizándose, deudos que se niegan a dejar sus afectos en una tumba solitaria y coronas vistosas para cubrir viejas culpas.

Por acá descansan en paz seres anónimos, que no conoce, pero también personajes célebres de la ciudad. Sobre el pasillo del centro se destaca el mausoleo del Dr. Julio Dante Salto tan recordado por su labor; más adelante un intendente, en este sector víctimas de violencia, por allí un poeta... Como olvidar el director de orquesta, la bella bailarina o el linyera Víctor, cuya tumba la hicieron simpatizantes de fútbol ... algunos son visitados siempre, otros quedan en el olvido.

Don Alfonso mira su reloj. Son casi las 18 hrs., ya va siendo la hora de cierre. Deja sus herramientas y recorre un poco para ver si aún queda gente. Se lava las manos bajo la canilla de bronce y toma el enorme llavero para cerrar las puertas de entrada.

Mañana será otro día...

CITA DE SEPTIEMBRE

Pablo Lautaro

Por esos años todavía era un jovencito y me gustaba ir en bicicleta a la plaza San Martín. Nos juntábamos con otros dos amigos, Walter y Alfredo. Ellos vivían en Cipolletti y yo en Neuquén.

No habíamos convocado porque queríamos ir hasta el lago Pellegrini, días antes de primavera.

Era una tarde de mucho sol, pero con viento frío. Estábamos en la esquina, Walter miró hacia la calle Miguel Muñoz y gritando encaró a toda velocidad. Quiso saltar uno de los bancos y calculó mal. Se golpeó muy feo y se lastimó con el manubrio en el costado del pecho.

Nosotros corrimos y en un rato se juntó bastante gente, pero los primeros en llegar fueron una pareja que al parecer estaba en la plaza. Él era un poquito más alto y ella era coloradita y pecosa.

Lo atendieron con dedicación a Walter y enseguida llamaron a la ambulancia. Nos dijeron los enfermeros que lo llevarían al hospital, nos asustamos. En un descuido ella le tomó una fotografía a mi amigo accidentado.

Nos fuimos con Alfredo y las bicicletas hasta el hospital de la calle Fernández Oro. Como a las dos horas lo dieron de alta. Para ese momento habían llegado sus padres y se lo llevaron a la casa, junto con la bici. Nosotros nos despedimos y quedamos de ir al lago en otro momento.

Los años pasaron y nos distanciamos con mis amigos por razones de estudio, pero nunca dejamos de comunicarnos. Walter se fue a Córdoba y Alfredo a La Plata. Cada uno cursó una carrera, luego emigraron a otro país. Alfredo a Estados Unidos primero y Walter a Australia.

En cambio, yo me quedé por la zona y me arriesgué a un emprendimiento textil. Luego incursioné en el arte, ahora le dedico mi vida a ello. Hace un tiempo que venimos planificando juntarnos para hacer la bicicleteada al lago Pellegrini, esa que quedó pendiente.

Hace una semana llegaron a Cipolletti y la juntada era para el día 13 de septiembre, (martes 13).

Alfredo insistió en que debía ser el 13 como aquella vez. Yo, les recordé siempre lo de aquel momento, lo de la foto y la pareja. Ellos no le dieron mayor importancia.

Hoy nos juntamos a la hora prevista, las 3 de la tarde. Estamos muy cambiados a como éramos en aquellos años. Nos sentamos a charlar un

ratito y a tratar de reponer lo sucedido ese día de septiembre. Estábamos riendo y hablando. Nos sorprendió una voz suave. Cuando giramos, era una pareja. Él, flaco y alto, ella pecosa y mas chiquita. Nos congelamos o se congeló el tiempo.

Algo pasó mientras cruzábamos miradas.

Era la pareja de aquella vez. Nos contaron que vinieron por veinticinco años. Cada 13 de septiembre. Ella afirmaba entre alegría y lágrimas que fuimos el motivo de que se encontraran, justo ahí, en la plaza San Martín, ese día de septiembre. Lo que nos sorprendió más fue que tenían la foto que ella había tomado. Le adjudicaban a Walter el motivo de su encuentro y de su romance que lleva 25 años.

Le agradecemos por las atenciones de aquella vez y por conservar la foto. Pero le dijimos que debíamos hacer ese viaje pendiente en bici, hasta el lago. Se rieron sin parar. No lo entendíamos. Nos dijeron que nos esperaban allá, en la casa donde viven desde hace 10 años. Nos despedimos, salimos con las bicicletas y el asombro a recuperar el tiempo.

EL BAR SAN MARTÍN

José Quiñones

Primeros Pobladores y Juan González Larrosa, a una cuadra del estadio.

El sol apenas se despereza y ya el ciclista está completo. Otras dos bicicletas se recuestan contra el árbol cercano, asidas con cadena y candado para quedar a salvo de los oportunistas.

Sus dueños son clientes de Amador Aninao Huenchunao y de su mujer –doña Estersila Espinoza– y vienen como todos los días a tomar el “desayuno”.

Jornaleros de las chacras y la construcción en su mayoría, en el bar encontrarán el estímulo vital para afrontar otra dura jornada de trabajo. El menú no ofrece café con leche y medias lunas ni jugo de naranja. Unas buenas copas de ginebra o caña Legui y a partir raudos con renovados bríos.

La época del año poco importa. Con el termómetro bajo cero o derriéndose con la canícula, los parroquianos mantienen inalterable la vieja costumbre.

A la tardecita volverán y, con más tiempo, descansarán sentados a la mesa sin urgencias devorando un succulento sándwich de mortadela acompañado de un colmado vaso de vino tinto. Después un truquito con algún aperitivo y la vuelta al rancho porque espera la patrona con la cena.

Es un bar de barrio; como un calco los personajes que le dan vida alimentarán a diario la rueda que gira y gira en la rutina establecida que consume sus existencias y sus pesos. Cuando acabe la semana, muchos de ellos esperarán ansiosos la llegada del domingo para ir a la cancha. A gritar por los leones y a enflar sin titubeos en el entretiempos para la cantina.

La garganta queda seca de tanto aliento, algo falta, y el bar de Amador está cerrado...

Lugar emblemático en la rica historia del club San Martín; allí el León del Don Bosco resurgió de las cenizas cuando la crisis del dos mil anunciaba un final ominoso.

Aninao y toda una vida dedicada al club, desde aquel buffet en Miguel Muñoz y 9 de julio hasta el propio bar, llevando al extremo su identificación y sentido de pertenencia bautizando al negocio “San Martín” y pintando la fachada de color celeste.

El viejo león habita ya el mundo de los recuerdos; Doña Estersila sigue aún

tras el mostrador, evocando en silencio vivencias lejanas –y al compañero ausente– y atendiendo solícita la demanda de los consecuentes parroquianos.

El bicicletero está completo. La fiel clientela mantiene el legendario culto. Es el bar San Martín, la esquina tan especial donde se ha detenido el tiempo...

LA CARROZA

José Quiñones

El cortejo avanza lentamente por la calle polvorienta. Solo el sollozo ahogado de los deudos que transitan de a pie interrumpe el respetuoso silencio.

EL carruaje fúnebre –un mateo de cuatro ruedas ornamentado al estilo victoriano– se desplaza por el pueblo sin asfalto impulsado por dos caballos negros con una pintita blanca en la frente, con adornos de bronce, anteojerías y el lomo cubierto por una capa con pompones.

Murió un “angelito”, es fácil deducirlo pues la carroza lleva cortinas blancas, denotando la pureza del extinto.

Ataviado con traje negro, moño y galera al tono y guantes blancos, don Manuel Pichiñán solemnemente conduce el vehículo mortuorio hasta el camposanto, un trayecto que por lo cotidiano ya no lo conmueve.

Son casi cuatro décadas llevando cipoleños hasta su última morada; el contacto estrecho con la muerte lo ha vuelto menos sensible al dolor ajeno, algo que sí lo perturbaba en sus comienzos.

Manuel apenas azuza a los caballos. Se muestran dóciles y hasta pareciera que, de tanto repetirse, los animales ya conocen de memoria el recorrido al cementerio, un lugar recóndito cercado por montes de frutales, viñedos y descampados.

El entierro ya culminó y la columna doliente regresa a la vida resignada, dispuesta a elaborar el consabido duelo. El luto consistía en vestir rigurosamente de negro durante un año si fallecía alguno de los padres, y seis meses por los hermanos, un ritual que debía seguirse celosamente.

Para Pichiñán, sin embargo, la jornada de trabajo aún no culmina. En la funeraria de Nicodemo Mazzuco, en la calle Irigoyen frente al edificio “Torino”, todo tiene que quedar en orden para el próximo servicio.

La limpieza de los extenuados animales es imperativa: bañarlos, cepillarlos, pintarles las pezuñas y desde luego, alimentarlos. A ello se agrega el trabajo de herrería.

Mazzuco también construía en su local ataúdes para los indigentes. Se cortaba la madera de pino, en tres partes; se hervía para ablandarla, se le daba la forma de una persona y se forraba el féretro con un papel especial.

Ahora sí, un día más en la singular labor de Manuel llega a su fin. El chofer de la carroza, de raíces mapuches, el que llegó un día de su Temuco natal y encontró en Cipolletti, en el barrio Del Trabajo, su lugar en el mundo.

Allí lo espera doña Sofía y los hijos. El entorno familiar de los Pichiñán que no conoce de lujos, pero con mucho calor humano. La vida misma.

Mañana, otra vez vestido de negro y con guantes blancos, el encuentro cotidiano con la muerte.

EL CAMINO DE LOS RECUERDOS

Agustín Barraza

Juntos, decidimos atravesar el túnel del tiempo. Nos miramos a los ojos y un cúmulo de recuerdos distantes, tantos que no alcanzo a distinguir cuál de ellos es el primero y cuál el último, llegan a su memoria, comienza el recorrido.

Me cuenta de esos fríos intensos cuando regresaba a su casa apurada, para sumergirse en aquella vieja cocina que había heredado de sus padres y donde preparaba la cena para sus hijos.

Despedirse de ellos por las mañanas, tomar su bicicleta para llegar al galpón de empaque y sumergirse entre las manzanas que se agolpaban en la infinita cinta que la llevaban a su destino.

Su primer amor que quedó en aquel Buenos Aires de antaño y que describe con tal naturalidad, que siento como el tiempo se ha detenido allí y me da su cariñosa y nostálgica mirada. Su corazón acelerado se pronuncia, no se reconoce en su voz y se pregunta ¿Cómo pasó? ¿Dónde? ¿Cuándo?.

Sentado en el sillón disfruto de la brisa fresca que entra por el amplio ventanal y absorto admiro como todos los días, las palabras embellecen el paso de las horas de esa tierna mujer que no se cansa de recordar.

LOS DE ACÁ Y LOS DE ALLÁ

Karen Correani

Mi mamá agarró a sus dos crías, los pocos bartulos que había, y sin miedo a nada, o sí, no sé, salió. Quien iba a saber qué mil doscientos kilómetros más adelante la esperaban como un niño de jardín que espera por su madre a la salida...

De un insípido lugar que nos crió entre reglas oscuras establecidas por vaya a saber quién, a una ciudad con alma de pueblo. Así la llamamos siempre.

Salteños, mapuches, sanjuaninos, tucumanos, chilenos, bolivianos, venezolanos, y algún que otro peregrino que daba vueltas por ahí, vinimos a encontrarnos todos en Cipolletti. Lugar que nos recibió como si fuéramos de la familia, nos acogió con sus miles de culturas que, hasta el día de hoy, no logran -por suerte- ser una sola.

Cipolletti... verde por donde la mires. Lugar en el mundo donde se juntan los sueños y las oportunidades, donde la celeste libertad del cielo inalcanzable se vuelve realidad, donde las plazas se llenan de flores aunque el invierno pegue con toda su furia. Donde no importa si sos de Boca, de River o de ninguno, lo único que vale la pena es alentar al albino, sacarte cualquier camiseta que traigas puesta, y ponerte la que nos une a todos los cipoleños. Llena de hermosas personas acostumbradas a recibir a otras personas y hacerlas sentir como en casa, quizás para no extrañar tanto la que dejamos atrás, o para aprender a sentir la que nunca tuvimos.

Enamoradas estuvimos desde el primer día en que llegamos. Nuestro recuerdo traía consigo un río turbio, con un fondo resbaladizo donde nunca podrías hacer pie, sino que te deslizaba cuesta abajo de un lado al otro sin dejarte parar nunca con firmeza en ningún lugar. Y de este lado, el río de nuestros sueños negros. Cristalino como jamás habíamos visto, donde se ven los peces volar por las aguas, se sienten piedritas en los pies, que aunque no siempre son sin filo, hacen que no te ahogues demasiado fácil. un río que se nutre día a día de otros dos que tienen todo lo que necesita para correr con ese ímpetu que rompe fronteras y abre caminos.

Salimos de un pueblo de revuelta: el famoso Grito de Alcorta, y caímos a otro que se revoluciona día tras día, donde por sus venas corre la valentía del Cipolletazo, con gente que sale para pelear por lo suyo, por lo que corresponde, que defiende a los que no podemos solos, gente embebida de fortaleza, gente que corre como corren los ríos que nos atraviesan. En todas y cada una de las instituciones están quienes se enfrentan a

los Ogrontes altos como montañas, con botas de cuero brillante y cintos apretados; están esos que, si no te animás, te agarran de la mano y no te sueltan ni por un instante.

¿Qué hubiese sido de nosotras si decidíamos no escuchar el grito de nuestras almas pidiendo por un poco de libertad? Pero sí, como quien se tira al vacío, nos fuimos y vinimos.

Caímos acá, en Cipolletti. Esa ciudad con alma de pueblo donde se juntan los de acá y los de allá; el mejor lugar que podía atravesarse en nuestro camino para amar.

EL HOMBRE QUE DETENÍA EL TREN

Gladys del Carmen Lara

¿Quién era este hombre? ¿Cuál fue su obra, para merecer monumentos y calles? Estas y muchas otras preguntas me llevaron a investigar y conocer al PADRE JOSÉ MARIA BRENTANA.

Fue misionero salesiano de la Patagonia durante 40 años, que falleció en Viedma el 7 de marzo de 1944.

Cuarenta años de los que la mitad los pasó a solas con la pobreza y mano a mano con la soledad. De contextura pequeña, voz aflautada producto de tantos cambios de voz, ya que se dedicaba al arte de los títeres, comía de la generosidad de la gente, y si nadie ofrecía comida, no comía. A veces le mandaban comida y él se la regalaba a los más necesitados.

Si hay algo para destacar de este hombre, era su extrema generosidad; usaba unos zapatos ultraviejos. No faltó quien, ante esto le comprara un par nuevo, pero al primer menesteroso que encontraba se los regalaba y continuaba con sus viejos zapatos.

¿Por qué se dice que detenía el tren? Simplemente porque era así.

En aquellas épocas, el tren, que era propiedad de los británicos, razón por la cual, se distinguía por la puntualidad.

El padre José María, como todos le llamaban cariñosamente, caminaba los polvorientos caminos por la vía del tren. Los maquinistas, ni bien lo divisaban, poniendo en juego su trabajo, detenían el tren y lo hacían subir, no sin antes retener su vieja valija. Era guiado hasta el carro comedor, donde le ofrecían comida y diálogo cariñoso con todos los viajeros, conocidos o no.

Al llegar a destino se le devolvía su valija repleta de comida, ropa y todos menesteres que los viajeros regalaban al caminante.

Estas y otras tantas razones han hecho que en la Patagonia, calles, edificios, plazas e instituciones lleven el nombre del misionero Padre José María Brentana.

LA TERE

Norma Beatriz Montero

Se llamaba Teresa, y nació en Cipolletti, hace más de 80 años.

Alguién hace no mucho tiempo decidió bautizarla como LA CABRONA, y abrierón un bar con su nombre.

La Tere o la Cabróna vivió siempre en el Barrio Filipuzzi, en una típica casa baja como la mayoría del barrio.

Ahí la conocí yo, en esa época en el barrio Filipuzzi se juntaban las calles con la veredas, todo era ripio.

De chica le tenía miedo, me daba temor su postura, su forma de caminar, de hablar, nunca sabías como iba a reaccionar si la cruzabas, o te saludaba o te insultaba.

Cuando la fuí conociendo, me dí cuenta que no era mala, solo era UNA CABRONA !!! Era un alma buena, no le hacía mal a nadie, solo que a veces la atacaban sus demonios.

Y la Tere se fue poniendo vieja.

Y por cosas que no se ... se quedo sola viviendo en la casita del Filipuzzi, que no era la misma casita que conocí, sino una casa en ruinas.

Su andar en las calles de Cipolletti, no pasaba desapercibido, ¿quien no conocía a la Tere?

Ella se sentía segura y eran su contención las chicas de Acción Social de la Muni, como las llamaba ella, allí concurría asiduamente ya que quedaba a pasos de su casa.

Pienso que distinta hubiese sido su historia, si alguien se hubiese detenido a ver que le pasaba a la Tere.

¿Que le había pasado en su vida? Quizás penas de amor, quizás creció rodeada de gente que no creyo en ella. Quizás muchas desiluciones, y sería infinita la lista...

La Tere vivió como pudo.

La Tere con un insulto sacaba la ira que llevaba adentro.

NO SÉ

Todo eso te lo llevastes con vos, en tu alma.

Te imagino en una estrella cantando el Himno Nacional o la Marcha peronista, como lo hacias en la calle.

Tere o Cabróna, vos si que vivistes a tu manera.

14 PULMONES

Vanesa Jara

Toda ciudad tiene un club de futbol o vecinos que se ponen a jugar y nace un club, al menos Cipolletti lo tiene, y todo club tiene sus jugadores queridos por el pueblo, este señor del cual les voy a contar es uno de ellos. Un jugador del barrio, uno que no solo le gustaba jugar si no que le salía bien, jugaba bien.

-“Siempre me gustó jugar, mi viejo me decía que vaya a jugar, que me iba a ir bien y mi viejo, mi vieja siempre estuvieron presentes, me esperaban con el guiso calentito, la ropa impecable...” decía.

A muchos y muchas nos gusta ver futbol, alentar a un equipo, a otras les gusta jugarlos y a otros esto le sale convenientemente adecuado, este caso es uno de esos, juegan, nacieron con esa habilidad y les sale bien.

Allá por el año 1926, en realidad un tiempo antes, un grupo de amigos ya tenía la idea de crear un flamante club de futbol. Soñaban con tener una cancha con tribuna, con hinchada, soñaban y soñaban... y lo lograron...

El club abre sus puertas al barrio, al pueblo, a la ciudad, a la comunidad, pequeño en materiales pero grande en sus ganas, en su lucha, en su sed de gloria por el pueblo que venía en auge.

El primer equipo con muchachos del barrio, algo que nació entre amigos. El sueño era realidad. La Ciudad tenía un Club de Futbol. El Club Cipolletti.

Pero volvamos al jugador del que les quiero contar, este jugador era rápido, no dejaba de mirar la pelota, metía goles, gritaba los goles con pasión, un hincha y jugador. Y no solo era buen jugador sino buen compañero, amigable y alegre.

El era parte del club de la ciudad y estuvo en la era dorada de Cipolletti. Parte de los mejores años del club.

Era un lateral izquierdo de luxe, allá por la década del 70/80. Jugó más de 12 años en primera, fue parte del equipo que enfrentó a Boca y River.- “tenía 14 pulmones, jugaba cada pelota con la misma intensidad” recuerdan sus compañeros.

Aun al pasar los años sus compañeros lo recuerdan con cariño, están pendiente de él. Lo cuidan lo ayudan y él sigue ahí, con su sonrisa, con sus hermosos recuerdos y amistades que hoy conserva.

Su paso se ha vuelto lento, su hablar pausado, pero su marca en los hinchas del club sigue intacto.

Hoy recorre la ciudad en bicicleta, la vida le ha jugado algunas malas

pasadas pero a toda gambeta a podido enfrentar al destino y salir adelante. Con alma de goleador, el destino sigue...atravesó un momento duro, pero los amigos salieron a apoyarlo, los amigos y el Club.

Gran TIPO y gran profesional dicen sus compañeros, por eso le hicieron un partido homenaje, un partido para volver a encontrarse, un partido para volver a estar juntos dentro de una cancha de fútbol.

Muchas veces lo podemos ver pasar en su bicicleta, saludando a quien lo saluda a quien aun se acuerda de él. Por eso saludenlo si lo ven, gritenle: "Galloooo, Gallooo, aguante Cipo...".

Como ven toda ciudad puede que tenga su Club de futbol, este es el Club de mi ciudad, El Club Cipolletti. Y este es uno de sus jugadores queridos, El Gallo.

EL CANTAR DE LOS CANTORES

Baltazar Fuentes Rivas

Corría el año 1970 en Cipolletti, el censo hablaba de 23768 habitantes. La ciudad estaba afincada paralela a las vías, bien marcada entre Mengelle, Avda. Alem, Brentana y calle Fernández Oro. La avenida Alem era perfumada y coloreada por los cientos de rosales en su parte central.

Algunos frutales y galpones separaban los barrios Santa Clara, Pichi Nahuel, Filipuzzi y Del trabajo. De a poco se extendía la ciudad. Allá a lo lejos se veían los paredones del cementerio. Un canal a cielo abierto venía de norte a sur en calle Naciones Unidas, límite de la zona rural de la zona urbana. Otro canal nacía en calle Brentana hacia el este. Se afianzaba el barrio San Pablo, y el concurrir a la Escuela 33 daba un toque blanco a las calles polvorientas. Similar panorama ocurría en el ir y venir de las Escuelas 53, la 131 y la ubicada en 4 esquinas, entre otras.

Tiempos de gran producción de manzanas y peras y tareas del empaque. Años en que el ferrocarril llenaba sus vagones con cajones cosecheros de 18 kgs. para llevar la producción de frutas rápidamente al puerto de Bahía Blanca por falta de frigoríficos. Además de las actividades culturales rurales, la salida laboral estaba en los trabajos rudos como la albañilería, la carpintería, oficios con abundante mano de obra. En lo educativo, desde las casas salían chicos con sus guardapolvos blancos, color mensaje de pureza de corazón, dirigiéndose a las escuelas primarias. El colegio secundario obligaba para las chicas, zapatos, medias tres cuarto, y un almidonado guardapolvo blanco. Para los muchachos, zapatos, pantalón de vestir color gris, una camisa de buen vestir, una corbata al tono, y un saco o blazer de color azul. El único Colegio Secundario era el Manuel Belgrano. Si podías seguir estudiando, la Universidad más cercana estaba en Bahía Blanca. Para aquellos jóvenes que no podían seguir el secundario diurno, estaba el Colegio Secundario Nocturno República de Italia, desde las 20 hasta las 24 hs, con un programa de 6 años. Para todos había oportunidades.

En ése entorno, los padres en casa cantaban y los hijos aprendían a entonar. Profesores de música particulares enseñaban instrumentos. Profesores de música en las escuelas enseñaban las primeras notas musicales.

Desde pequeños, los chicos y jóvenes encontraban su espacio de aprender a tocar y cantar en público. Las ganas de armonizar Folklore se podía aprender en la Escuela de Folclore, donde el profe Chiachiarini escuchaba y ayudaba a encontrar las mejores armonías para aquellos

que, con guitarra en mano, entonaban tradicionales canciones éxitos del momento, como Zamba de mi Esperanza.

Los mayores se podían probar e integrar el Coro Polifónico de la Ciudad de Cipolletti, con la dirección del Dr. Barcos. Aquellos que concurrían a las iglesias, y que tenían el talento de cantar, era habitual la formación de coros, donde las armonías de soprano, contralto, tenor y bajo, entonaban himnos clásicos de testimonio de la fe en Cristo.

En los actos culturales de los colegios, actos institucionales de las Asociaciones y espacios públicos de la ciudad el cantar de intérpretes de renombre local, contagiaba al cantar de todos los asistentes.

50 años después, el cantar de muchos mayores se fue con ellos. El legado continúa. En las nuevas generaciones de mi Cipolletti siguen surgiendo nuevos valores musicales, para que el Cantar de los Cantores siga, para que la expresión del alma nunca deje de ser.

UN MATE Y UN EMBALSE

Michael Kevin Bracking

Quería tapar sus oídos con insultos cuando derramó el agua del termo, se le rompió la tapa y pronto se ahogarian muchas hormigas

Parecía no haber escuchado nada de la historia que le relataba sobre el hombre de la estatua. Estaba furioso hasta que volté a verla. Esos preciosos ojos verdes que me recordaban al lugar que nos rodeaba. Todo el verde que hizo crecer la agricultura resultado de canales de riego y el crecimiento de la ciudad por los embalses en los ríos, gracias al hombre de la estatua. Años de historia me permitían estar ahí junto a ella, junto al pasto verde como el bello color de sus ojos.

Siempre fui al Rosauer a tomar mate con amigos, pero esta vez, fué diferente.

Ella silenciosa, creó un embalse improvisado para salvar a las hormigas y a su hormiguero. Me miró con una cálida sonrisa que decía todo. No podía enojarme, solo devolverle una sonrisa.

Siempre fui al Rosauer a tomar mate, pero esta vez... si fui escuchado.

CRUZAR ES DESCUBRIR

Jazmín Spedaletti

Cuando cruzo el puente hacia Cipolletti, mientras las aguas del Río Neuquén siguen su curso por debajo, sin resistencias, así, como sintiendo paz y dejándome llevar por el sol que brilla, voy viendo el juego de luces que se produce por los arcos del puente, así voy, inspirada apenas cruzar, en cada instante. Miro a mi alrededor, sólo somos pasajeros ahora, no miro el celular adentro del colectivo, podría perder instantes mágicos de vida, un gesto, una complicidad, un rostro, una palabra, un amor, un saludo. Somos usuarios del transporte público y ese es nuestro encuentro, único, irrepetible y tan nutritivo para la ser humana que soy o los seres humanos que somos. Compartimos mucho más que un viaje, los sonidos del colectivo son claves, la solidez y soltura del chofer son dignos de observación y gratitud. El respeto, la atención y el amor con el que me desplazo por entre nosotros, mientras nos vamos haciendo uno, es clave en mi andar, viajar a mi ciudad Natal. Es la misma ciudad del primer amor, que es vital para saber que la inspiración no llega, no existe realmente. No se vá. No es un momento, es todo el tiempo. Todo y cada pequeña pieza de ciudad, de la ciudad de Cipolletti, cada registro, cada ser que cruzo tiene una chispa de luz, todo es revelación constante, como el primer amor, que es constante en la revelación de la vida.

Al bajar en la Plaza San Martín, hay varias personas esperando, ascendiendo y descendiendo, la percepción cambia y comienzo a caminar. Voy al Parque Rosauer, al banco de ese beso. Hago el camino interior de tierra, los pinos, los sauces, las palomas, tu forma de cruzar las piernas y la silla plaza son mis preferidos, aunque también la Actividad física, el sector de juegos para los niños y el anfiteatro son habitados en el precioso Parque. Al volver al centro siento especial atracción por la Plaza de la Familia, tiene una estética amena y brinda una sensación de calma. Sigo caminando y paso por la bicicletería San Pablo a buscar mi bicicleta, es apreciable la calidez y atención de sus dueños. Dejo la Irigoyen y atravieso la 9 de Julio para pasar por la churrería exquisita que está en Alem y casi Puerto Belgrano. Continuo a ver el magnífico Eucalipto en el descampado de Alem y Kennedy. ¿Es el corazón de Cipolletti?. El día está por terminar. El cielo ofrece un azul que dura pocos minutos y empiezo a sentir todo lo que percibo y percibí más profundamente, es como volver a casa de noche para integrar y contemplar de nuevo el día y la ciudad.. sentir cómo sus recovecos infinitos e inenabarrables ingresan y viven dentro de mí, sentir que vuelvo a nacer en su interior.

CIPOLLETTI, ABRIGO DE SUEÑOS

Silvia González

Para relatar mi historia en Cipolletti, voy a comenzar contando que nací hace 83 años en San Martín de los Andes. Mis primeros años viví con mi familia en un campo de Pirehueico, donde Papá trabajaba.

Pirehueico del lado de Chile queda en la frontera de Hua Hum. Comencé a estudiar en una Escuela de Frontera, N° 53 en aquellos años. Hice primer inferior, superior y segundo grado, que hoy sería 1°, 2° y 3° grado. Para completar la educación primaria me enviaron a mi y a mis hermanos a San Martín de los Andes, mientras mi padres continuaban trabajando en el campo. Nos cuidaba un matrimonio contratado para ese fin. Al finalizar 6° grado, era así en esa época, había que migrar otra vez, porque no había colegio secundario en el pueblo.

El afán de nuestros padres eran darnos educación. Y así entonces, a principios de los años 50, mi Padre fue designado, por su compromiso y conocimiento, como encargado de un corralon de maderas en Cipolletti. Recuerdo que funcionaba en Saenz Peña y Fernández Oro. Y nosotros con Papá vivíamos en la Calle Esmeralda, rodeados de muy buenos vecinos. Mi Mamá había quedado en San Martín de los Andes continuando al frente de un emprendimiento familiar que habían iniciado en ese tiempo.

Pero Cipolletti todavía no tenía colegios secundarios, así que viajaba a Neuquén para estudiar.

Mientras cursaba también trabajaba medio tiempo en Fotos Moderna, que aún existe, en 9 de Julio y Miguel Muñoz.

Más tarde, ya con mi título secundario comencé a trabajar en Casa Elosegui, en España y Fernández Oro, que en aquella época era como un shopping hoy. Vendían de todo lo que en una casa podías necesitar, desde artículos de almacén, bazar y materiales de construcción.

Tuve unos patronos maravillosos que me enseñaron cordialmente a trabajar y siempre recuerdo a Raúl a quien fui a reemplazar y me preparó durante un mes para conocer todos los detalles de mi nueva actividad laboral.

Después de 25 años de servicio en Casa Elosegui, me convocaron como Secretaria para la Sidrera La Victoria, por mi trayectoria y referencias.

Eran tiempos de esplendor para la fruticultura en Cipolletti y durante 16 años y hasta mi jubilación me desempeñe en distintos puestos de jerarquía. La Victoria llegó a tener la cuba más grande del mundo, de 320.000 litros y fue declarado monumento histórico por el parlamento de Río Negro en

Agosto de 2015.

Desde mi juventud me gustaba participar de las actividades sociales de la Ciudad, y así fue que tuve el honor de coronar Reinas, a la primera de Comercio y en esos tiempos se realizaban carreras de ciclismo y también corone a la primera Reina de Ciclismo. Actualmente sigo participando y colaborando en actividades de Grupos de Jubilados.

Cipolletti me recibió hace ya varias décadas, abrazó mis sueños, me brindó oportunidades para mi desarrollo personal y de formar una hermosa Familia junto a mi Querido Esposo, mis Hijos, Nietos y

Bisnietos y muchos Amigos y Buenos Vecinos.

Feliz de pertenecerte, Cipolletti.

CIPOLLETTI ME INSPIRA

Alicia Méndez

Así como Alicia rodaba por el túnel hacia el país de las maravillas, me sumerjo en el recuerdo del amor que brota en cada primavera por mi Hermosa Cipolletti, en la que nací hace 72 años.

Se hacen vívidas las imágenes de los momentos en familia y la tranquilidad de las tardes de verano.

Corrían los años 50, los canalitos de agua limpia y clara que regaban la quinta y el jardín de mi casa de la infancia. Cosechábamos las verduras frescas y las flores para la cocina de Mamá.

Eran otras épocas, inimaginables al bullicio de la pujanza de hoy.

Jugábamos en la vereda y en la calle de tierra en ese tiempo. Infinidad de juegos al aire libre, torneos de payana y de bolitas, bajo la sombra de los álamos y en el horario de la siesta. La rayuela, las escondidas y la mancha venenosa. Y los carnavales!!! Oh que divertidos! Con baldes y fuentones salíamos a la calle. Juegos sanos, inocentes, forjaron en mi la Conciencia para cuidar tu belleza natural Cipolletti.

Y en mis jóvenes 19 me encontré envuelta en una ola gigante de vecinos en tus calles, todos unidos en defensa de la ciudad y de nuestro querido Intendente, Dr. Julio Dante Salto. "El Cipolletazo".

Nada podría deternos y nada podría impedir tu vigoroso crecimiento. Recuerdo que en medio de la revuelta mi pequeño Hijo se soltó a caminar!

Y así otra vez me inspira Cipolletti creando el compromiso social que he ejercido con distintas acciones y hoy lo hago acompañando a Grupos de Jubilados.

Mi Querida Ciudad que abraza a sus ciudadanos y nos cede el lugar para cuidarla y cuidarnos entre Todos.

ÍNDICE

LA HISTORIA DE NUESTRO AMOR	8
Juan Martín Honorio	
VISITANDO NUESTRO MUSEO	10
Mirna Romagnoli	
¡EL CHIPI NADA MÁS!	12
Carlos Arturo Borquez Castillo	
¡MI CIPO, MI CIUDAD!	14
Carlos Alberto Borquez Castillo	
LO INVISIBLE	16
Ivana Mezque	
DOÑA MARÍA	17
Norma Rosa Alonso	
NO ME JUZGUEN	18
Susana Ferrer	
CIPOLLETTI	20
Manuel Leónidas Plaza Romero	
HACIENDO CAMINO AL ANDAR, PERO BAJO EL AGUA	22
Angélica Tralma	
#objetosperdidos	24
Angélica Tralma	
LA MUDANZA	26
Ailen Ferrando	
UNA NUEVA OPORTUNIDAD	27
Martín Fernández	
CAMINA LAS CALLES DEL PUEBLO, TU AUSENCIA	28
Fernando Russo	
SIESTA JUNTO AL RÍO	29
Fernando Russo	

EL VIENTO EN LOS MANZANOS	31
Marisel Santarelli	
MIRADAS	32
Marisel Santarelli	
EL HOMBRE DE CAMPERA AMARILLA	33
Nicolás Figueroa	
"LA GUERRA TERMINÓ, SE DECLARÓ LA PAZ"	35
Irene Montesino	
ALMAS PERDIDAS	38
Doris Estrada Campos	
CITA DE SEPTIEMBRE	40
Pablo Lautaro	
EL BAR SAN MARTÍN	42
José Quiñones	
La Carroza	44
José Quiñones	
EL CAMINO DE LOS RECUERDOS	46
Agustín Barraza	
LOS DE ACÁ Y LOS DE ALLÁ	47
Karen Correani	
EL HOMBRE QUE DETENÍA EL TREN	49
Gladys del Carmen Lara	
LA TERE	50
Norma Beatriz Montero	
14 PULMONES	51
Vanesa Jara	
EL CANTAR DE LOS CANTORES	53
Baltazar Fuentes Rivas	

UN MATE Y UN EMBALSE	55
Michael Kevin Bracking	
CRUZAR ES DESCUBRIR	56
Jazmín Spedaletti	
CIPOLLETTI, ABRIGO DE SUEÑOS	57
Silvia González	
CIPOLLETTI ME INSPIRA	59
Alicia Méndez	

El libro es la 7 ma. antología que surge a partir del Concurso Literario de Relatos Breves “Descubrí Cipolletti”. En ella se compilan historias, anécdotas y costumbres relatadas y contadas por los propios habitantes de Cipolletti.

El concurso literario surge en el año 2013 como propuesta del equipo de la Dirección de Desarrollo Turístico Recreacional del Gobierno de Cipolletti, con el entusiasmo de generar un espacio que permitiera describir y descubrir la ciudad desde diferentes perspectivas, donde los protagonistas de las historias sean los propios pobladores, tal vez sus hijos, sus nietos o porque no, sus padres y sus abuelos. Lo fundamental es que se muestren al mundo, esos rasgos que dan a nuestra ciudad esa singularidad.

Aquí se compilan relatos donde se contarán historias de los primeros pobladores, personajes y personalidades históricas, los antiguos comerciantes, clubes y deportes amateur, escritores locales, avenidas, ríos, lugares, espacios y sitios únicos de Cipolletti. Y a partir de esta publicación, se quiere y anhela que esas historias perduren en el tiempo, que sean leídas y contadas, recordadas y valoradas por la comunidad y todos aquellos interesados en conocer más de Cipolletti.



**GOBIERNO DE
CIPOLLETTI**

Dirección de Desarrollo
Turístico Recreacional
SECRETARÍA
DE GOBIERNO



ISBN 978-987-48689-7-8



9 789874 868978